

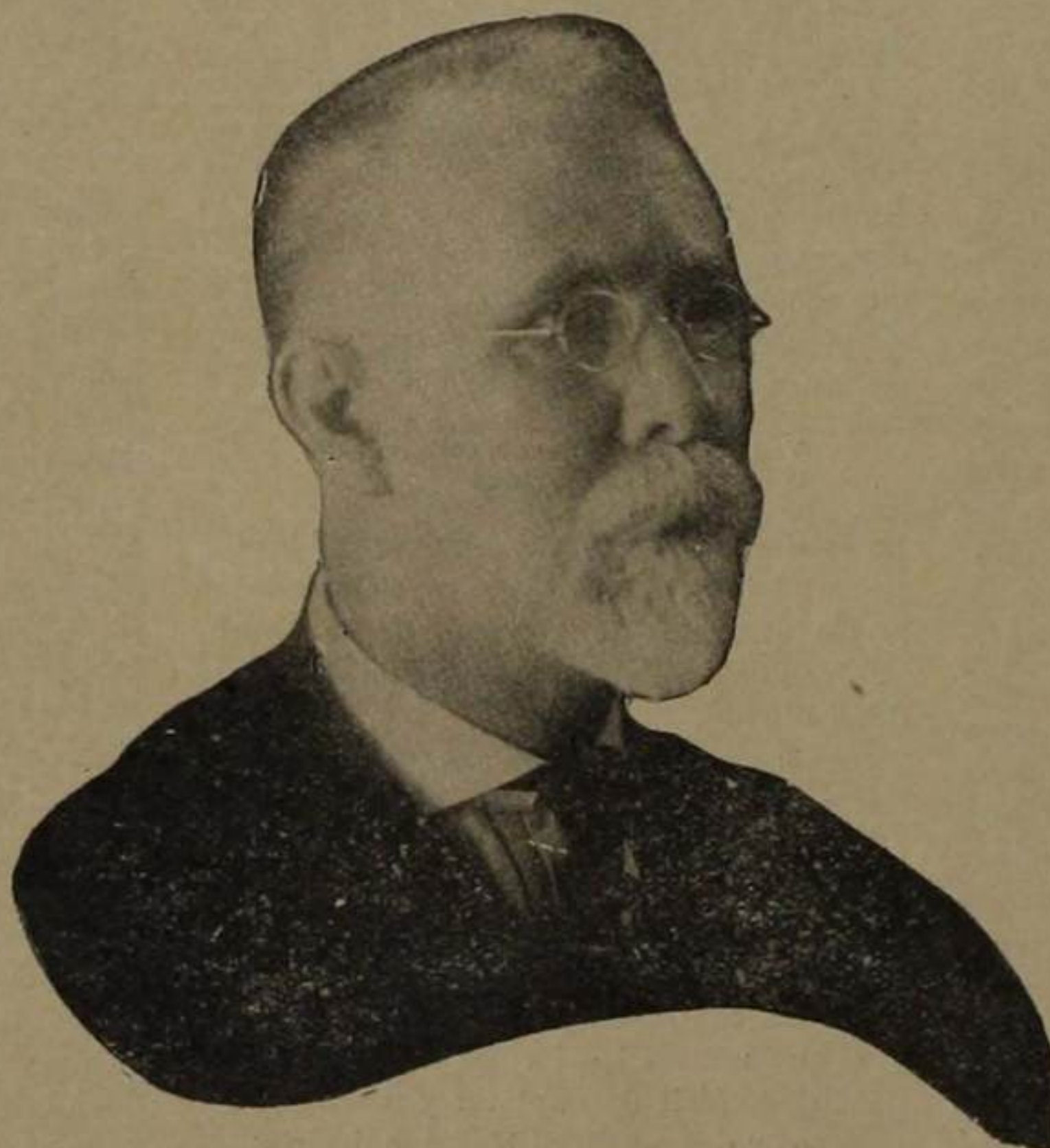
Don Justo A. Facio y la lucha por la cultura

FALTABAN pocas semanas para finalizar el curso lectivo de aquel año; las zozobras de los exámenes finales llenaban de parsimoniosos, rítmicos alumnos, sumidos en profundos *repasos*, los corredores del Liceo; en la puerta principal del edificio me entregaba yo a esas expansiones secretas, incomunicables, necesarias para el espíritu cuando se le ha lastimado bruscamente, y encontraba solaz en mi silencio, contemplando la tarde purísima, y dejándome llevar por los primeros vendabales del verano. Claramente recuerdo aquella hora; fué entonces cuando llegó a clavarse con insistencia en mi mente la visión de que ha sido amarga y heroica la «lucha por la cultura» en Costa Rica; pocos días antes se había reproducido en todos los diarios de la capital, a grandes títulos, un artículo de un benévolo extranjero sobre la alta cultura de este país. Elogios a nuestra cultura, me dije; si todos se enteraran bien de lo que ese poco de cultura cuesta a unos pocos hombres; si en el momento de lesionarla, —como en aquel momento— la prensa del país tomara una actitud consciente de defensa, que sería tanto y más noble que ésta de estímulo!

Nada impidió que don Justo abandonara la Dirección del Liceo, a la cual se había consagrado un año antes con toda el alma; durante ese año pude observarlo muy de cerca, y creo que con mis memorias de ese trecho de mi vida podría hacerse un gran elogio del Maestro, en forma de anécdotas; yo estaba y estoy seguro de que con la adquisición del Liceo se había tomado la plaza más fuerte de las teorías pedagógicas de un conservatismo muy rancio, vencidas en la Normal y en el Instituto. Claro que la salida de don Justo era un paso atrás, una victoria para los sustentadores de aquellas *teorías*; el Presidente de la República no podrá recordar con satisfacción aquella actitud que asumiera, si en verdad es un hombre abierto a su propia conciencia. Mas no es este el momento de apreciar aquellos hechos; se quiere ahora agregar un pequeño elogio al autor de *La Lucha por la Cultura*, el segundo libro del Maestro, que apareciera hace poco, una de las publicaciones más intere-

santes para quienes deseen ilustrarse en materias pedagógicas, sobre todo para los administradores de la cosa pública, y para quienes quieran enterarse de lo que ha sido en Costa Rica la lucha por «la cultura», esa cultura de la cual solemos vanagloriarnos y de la que nos damos cuenta únicamente cuando algún extranjero la elogia.

La actual generación ha tenido la suerte—para los más ha sido la des-



Don JUSTO A. FACIO

gracia—de presenciar y vivir el choque de dos corrientes opuestas en materias educacionales; la renovación de valores que hoy sufre el mundo y que caracteriza la época presente, se ha manifestado en Costa Rica sólo en cuanto a la pedagogía se refiere. La ciencia, la música, la poesía, la filosofía tienen su expresión, pero aislada. Sólo la cuestión pedagógica es un movimiento colectivo; el magisterio nacional, numerosísimo, y de poco tiempo para acá los padres de familia, la mayoría de las veces inspirados sin un suficiente conocimiento de causa, esto es, el país entero está pendiente de la cuestión pedagógica; puede afirmarse, pues, que la lucha por la cultura, en Costa Rica, se reduce a la reforma de las instituciones de enseñanza.

El primer oleaje de reforma nos lo trajo el venerado don Mauro Fernán-

dez, de orgulloso recuerdo, allá por el año 85; las innovaciones hechas por don Mauro en la parte administrativa, difundiendo profusamente la enseñanza, multiplicando las instituciones, dando más solidez a las materias, apoyando a las clases pobres para el desarrollo uniforme de la cultura, impulsaron al país hacia la más desinteresada y amplia adquisición de altos valores intelectuales. Se levantó entonces la legión de jóvenes que es hoy la flor de la República, de la cual son dignos exponentes don Carlos Gagini, don Fidel Tristán, don Miguel Obregón, don Anastasio Alfaro, don Justo A. Facio. ¿No bastan estos nombres para recordar con respeto aquella luminosa generación, en cuyas manos quedaron los destinos de las generaciones posteriores, hasta nuestros días?

Fué designio de los dioses que don Justo fuera el sucesor de su maestro, don Mauro; para ello le habían dotado con esa naturaleza vigorosa, de penetrante y sana mentalidad y voluntad incansable. He aquí el motivo para un valioso trabajo de crítica, a la manera de Plutarco: don Mauro Fernández y don Justo A. Facio; ellos son los que dirigen los destinos culturales del país durante medio siglo. Dichosos los pueblos en donde los maestros, antes de abandonar la tierra, encuentran manos jóvenes dignas de recibir la tea por ellos sustentada.

Siendo don Justo Ministro de Instrucción Pública, salieron del país, a ampliar sus estudios, muchos jóvenes; el Gobierno de Chile ofreció varias becas para estudiantes costarricenses; el Ministro de Instrucción Pública no se contentó con atender el obsequio de Chile, sino que hizo salir del país a otros jóvenes, por cuenta del Estado. Iban en aquella juventud dos estudiantes que debían distinguirse luego: Roberto Brenes Mesén y Joaquín García Monge. Cuando años más tarde regresaron éstos, les pareció incompleta y un tanto estrecha la labor nobilísima que realizaban sus maestros: querían muchas cosas más para los jóvenes, especialmente una difusión más desinteresada y menos mecánica de la enseñanza. La lucha por la nueva reforma ha sido crudísima: todavía hoy, después de 20 años, quedan resabios esporádicos de aquella que fué singular batalla, mitigada por el reposo de pasiones personales fomentadas al principio, y